

Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

La Historia tiene su majestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, sólo la verdad le da vida. - FEDERICO GONZALEZ SUAREZ, Arzobispo de Quito

Publicación bimestral		Distribución gratuita
Año IX	Marzo y Abril de 1945 San José, Costa Rica, Centroamérica	Nos. 3 y 4

Evocación de Montecassino

Por Juan Alvarez S. J.

Bajo la impresión del bombardeo de Montecassino, he recordado vivamente las horas que allí pasé, y casi a vuelapluma las entrego al viento.

Surge a mis ojos en un diáfano horizonte estival la mole blanca del monasterio benedictino encaramado en lo más alto de una montaña de la Campania Feliz. Y en estos días y noches opacos de destrucción y de guerra, mi ser se recoge para captar la emoción más intensa de cuantas me diera Europa.

Otras visiones me brindó la colina tusculana desde donde muchas veces vi rodar el sol sobre el Mediterráneo, bañando en púrpura gloriosa columnas y cúpulas que sustentan tres mil años de historia; desde un patinillo de San Damián miré la llanura franciscana de Umbría, como una página ingenua de las Florecillas; a la torre abacial de San Giorgio subí para contemplar los reflejos de una gloria póstuma en la aguas verdes del Canal Grande; ermitas y campanarios del Tirol, castillos del Rin legendario, panoramas de pendientes sombreadas de abetos a través de los jardines filosóficos de Heidelberg; flechas góticas de Colonia, ábside de Aquisgrán, tracerías dogmáticas de Notre Dame; música de piedra en la plaza de armas de Bruselas; llanura flamenca con caminos de agua opaca y aspas que jiran sobre sí mismas trascendiendo el tiempo fugaz. Todo ello duerme en las páginas de un diario de turista, y nada tiene que ver con esta emoción que se quedó allá en las alturas, en el monasterio enjalbegado como de nieve, y brillante como una vela blanca sobre el mar.

Nos descolgamos desde Anagni aquella mañana de fines de agosto hasta el valle por donde cruzaba la antigua vía romana, y al ritmo veloz del automóvil vamos pasando las páginas de una historia milenaria. Allá se alza el castillo junto a la catedral románica, donde dicen que al Papa Bonifacio aguardó al atrevido ejército de Colonna, uno de cuyos soldados le abofeteó la mejilla; mucho más

alto, sobre la ceja agria de una sierra, hay unas ruinas que podrían contar más de un secreto del Papa Celestino, que fué allá después de su abdicación del trono pontificio; allá, donde los cielos son azules y los prados verdes, y las aguas transparentes, y los álamos armoniosos, transcurrió la niñez de Tomás de Aquino, el poeta de la Summa que entró más hondo en los tres reinos de ultratumba que el genio florentino. Y cerca de la carretera hasta donde bajan los viñedos, cantan los pájaros, y los regatos, y se repite el idilio romano con canciones alternas, en las que *doiore* rima con *amore* y *canto* con *pianto*.

Allá arriba aparece por fin Montecassino. Los santos que tenían predilección por las alturas poblaron las colinas de Europa de iglesias y monasterios. Italia está llena de ellos, pero un sello se estampa en esta cumbre que representa en la historia algo como el taller de la civilización y el fanal de la cultura. De aquí salieron los hombres que mantuvieron durante ocho siglos el cetro de la sabiduría, y aquí vienen los Papas y los emperadores, los santos y los sabios, en peregrinación que dura más siglos todavía. De esta colina descendió el monje llevando como única arma el código de la santa regla que allí compusiera el gran Patriarca, la regla que ordena su vida con la experiencia de los siglos pasados, y en la que el monaquismo va a renovar su juventud, porque en su profunda sencillez entraña una filosofía experimental de primer orden.

Aquella mañana había llegado de Roma una excursión del seminario de Propaganda, el más cosmopolita de la ciudad eterna. Allí estaba representado el mundo católico. El inglés y el africano, el ruteno y el filipino, el español y el canadiense, el ruso y el argentino, allí estábamos todos, venidos desde los últimos rincones del mundo, mirando y admirando.

No era el patio central de Bramante, ni los pórticos del paraíso con sus panoramas sin frontera, ni el claustro de los bienhechores con sus dieciséis estatuas, ni la sillería del coro donde cada silla ostentaba labradura diferente, ni los códices del siglo VI, ni la memoria de Gregorio El Grande y Carlomagno, ni nada de lo que los ojos podían mirar en ese museo donde cada siglo dejó huella imborrable que hace de Montecassino un joyel histórico. Recuerdo que iba recorriendo en compañía de un amigo inglés, de gran inteligencia y cultura, el monasterio. De pronto nos separamos. Pocos minutos después le sorprendía de rodillas, abajo en la semioscura cripta, donde duerme su sueño de siglos San Benito, junto a su hermana Santa Escolástica. Allí en aquel recinto oscuro, apenas iluminado por la luz oscilante de las lámparas, hay un ambiente místico, y una sobresaturación de algo que es fuerza incontenible y quietud de muerte, y que quizás corresponde a lo que llamamos tradición.

Dom Desiderio Lenz, el creador del gran movimiento artístico de la abadía benedictina de Beuron, quiso dejar en Montecassino, y sobre todo en la cripta, la obra más bella de su inspirada escuela. La maestría con que logró dar vida al mosaico y al estuco, forma un contraste bien notable con la basílica donde el barroco italiano dejó la huella de sus remilgos caprichosos. Los símbolos policromos tomados de la Biblia y de la historia del Santo Patriarca, convierten aquel recinto de paredes bajas en uno de los monumentos de arte más bellos de Europa. En dos como pechinas laterales abren su abanico verdeazulado con visos

de oro dos pavos reales, que apenas competirán con las alas seráficas del pincel de Fray Angélico.

Aquí, donde yace io que fué mortal en Benito de Nursia, está concentrado el enigma de la supervivencia de un santo y de un genio, de aquel que perseguido por el sacerdote Florencio en Subiaco, resolvió recogerse a este nido de águilas, sin saber que la Providencia lo predestinaba para mirar el sol y volar sobre todos los mares y a través de los siglos.

Un día llegó Benito con unos pocos compañeros a esta cima, donde todavía el paganismo levantaba sus simulacros. Ellos derribaron los ídolos y conquistaron a los paganos del contorno, acción sencilla y simbólica de la Orden que habia de domeñar a los bárbaros. Gregorio el Magno, el genio organizador y administrativo, que impulsaría la obra benedictina hasta las islas del Norte, cuenta con sencillez encantadora escenas de la vida monacal en esta tierra, que por fuerza vienen a la memoria, sobre todo cuando se contemplan los dos sepulcros.

Gregorio el Magno nos pinta a San Benito aureolado de todas las virtudes y envuelto en una reservada gravedad, pero al mismo tiempo, muy humano. Había de ser el que por boca de sus monjes transmitiera el mensaje del alma naturalmente cristiana de los viejos clásicos, y autor de la pauta que en los monasterios habria de trocar la vida en una armonía tan delicada como una salmodia. De esta cumbre y de estas cumbres va a salir el arte renovado, espiritualizado, divinizado. El año solar tomará el ritmo de la concepción cristiana, y los colores litúrgicos irán cambiando según que el sol de toda vida humana, Cristo, esté lejano o distante. Y estos monjes que desde San Benito, prefieren para morada las cumbres, que cuentan con la luz y el color, y con pacientes manos elaboran todo aquello que sirve en el altar del Señor, fueron los que descuajaron la selva en Europa. Por eso nada hay que encierre en breve simbolo la cultura occidental como la abadía con su huerto y sus predios, con sus sistemas de regadío, y sus calzadas, y sobre todo con su templo y las escuelas que en torno a él brotaban como floración espontánea del espíritu religioso.

Gregorio cuenta en los Diálogos, que una vez estaba Benito asomado a la ventana de su celda invocando al Dios Todopoderoso, y de repente, en medio de las tinieblas, vió una luz que bajaba del cielo y disipaba la noche. Era más brillante que el día claro. En esta visión pasó una cosa admirable, porque, según él mismo contaba, "el mundo entero se presentó a sus ojos como condensado en un rayo de sol."

¿Recuerdas, amigo Devlin, que esto leíamos desde un alto ventanal de la abadía, y que entusiasmado, ibas señalando con el dedo sobre el horizonte de la historia los tremedales de Germania, la selva negra, todo, todo el horizonte hasta Escandinavia, y luego, comparando la contextura de aquellos hombres que no tenían estadio ni sistemas gimnásticos, observabas cuánta ventaja nos llevaban metidos en la selva, aserrando y talando, y desecando lagunas? ¿Y no contento con esto, la emoción contagiada de Montecassino, te llevaba a comparar la arquitectura feudal y caballeresca a lo largo del Rin y del Danubio, en Francia y en Inglaterra, con la de aquellos tristes monjes medievales; y salían triunfantes tus com-

paraciones, y no había castillos comparables con un Montecassino, con Marienburg, y toda la obra de sillería que en las cumbres de la vieja Europa alzó su civilizador, el monje, seguía hoy todavía dando testimonio de espíritus abiertos a todas las más variadas formas de belleza? Y como si contemplaras los tableros del huerto, los emparrados, peraies y manzanares que teníamos a nuestros pies, envueltos en madejas de agua color de cielo, tú te abandonabas todavía a la emoción benedictina, quizás porque pagabas como buen inglés una deuda de sangre, ya que como dice Montalambert, “a Francia la civilizaron los obispos, y a Inglaterra los monjes”. Por esta calzada romana, decías, descendió un día la ley con sandalia de mansedumbre benedictina, desnudo ya el viejo coturno, y Europa, de campo eriazo y yermo, se trocó en abadía, y el trajín de la historia marchó al ritmo de una esquila que alternaba entre los dos polos del ideal benedictino: oración y trabajo.

—La regla benedictina, que llamara Bossuet “compendio del Cristianismo”, es una obra maestra de moderación, prudencia, y de una sanura mental como apenas se da en la historia. Ella señala en consideración a la salud del monje una libra de pan cada día y dos platos cocidos en cada comida, y da advertencias minuciosas para el cuidado de los enfermos. El hábito debe corresponder a la talla de quien lo lleva, y no debe ser demasiado viejo. Todos deben dar al sueño de seis a ocho horas cada día, y en verano dormir la siesta; la cama consta de un colchón, una almohada, una manta de lana y sobrecama. Desde la madrugada hasta la noche, el monje tiene organizada su vida, desde que entra en el noviciado sabe a qué atenerse, pues la regla resume toda la sabiduría antigua y precisa todos los casos con discreción, informada totalmente del espíritu de caridad de Jesucristo. Así se explica ese hondo influjo social de la obra benedictina, pues el monje formado en tal escuela era un paradigma de virtudes individuales, y la abadía en aquel caos de los bárbaros era la sede misma de una autoridad venida de Dios. La igualdad cristiana se practicaba en tal medida, que más de un nombre famoso de la Orden en la Edad Media, salía de la mazmorra de la esclavitud.

—Esta epopeya, decía, no ha tenido su poeta. La obra de los Jesuitas en el Paraguay es un trasunto borroso de lo que hicieron estos colonizadores, creadores, arquitectos, bibliófilos, músicos y sabios en el más amplio sentido de la palabra. Desde Beda, maestro de Alcuino, y Rabano Mauro, artista del renacimiento carolingio, hasta los sabios del renacimiento, como Traversari, hasta los tiempos modernos con Mabillon y Dom Guéranger, la obra benedictina sigue su destino con resplandores que no apagan las revoluciones y el desenfreno de los fuertes.

—Monasterios de Italia, abadías del Rin, claustros del Danubio y de Gales, convento de las colinas suspensas sobre lagos azules (¡Lago de Bourget!, ¡Marialaach!), bastiones sobre rocas ariscas, que por los siglos continuáis la labor de ablandar la gleba indómita con la reja, y recoger la miel de los hexámetros para la boca de los bárbaros; monasterios de Sajonia y de Frisia, y los que alzáis la frente entre los bosques de coníferas que orlan el mar de vikingos, viejos monasterios sobre la barranca blanquecina de Albión; situados donde ayer

imperaba el instinto, y hoy oficinas de cultura y civilización. Vosotros trocáis el mundo, en el prodigioso alumbramiento de siglos que tuvo por centro a Montecassino.

Acabo de ver con ánimo transido la primera fotografía del bombardeo de Montecassino. No quedó nada. Cuando el encargado de negocios de los Estados Unidos en el Vaticano, Harold Tittman, informó al Secretario de Estado de Su Santidad, cardenal Maglione, que los Estados Unidos reconstruirán el monasterio, dicen los corresponsales que éste respondió: "Aun cuando lo reconstruyan en oro y pedrería, eso ya no es el monasterio."

Montecassino es de la historia, y los que tuvimos la fortuna de escalar aquella cumbre, hemos sentido desplomarse algo dentro del corazón.

Tomado de la "Revista Javeriana". Tomo XXI, Ncs. 101-102. Febrero-marzo 1944.

Don Ricardo el agricultor

Por Joaquín Vargas Coto

Con la reverencia profunda que inspira la memoria de un gran hombre la *Revista del Instituto del Café* consagra por mi medio estas líneas a la del gran político costarricense Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, arrebatado de la vida por violenta enfermedad cuando alboreaba el presente año, el día 4 de enero.

Sean nuestras primeras líneas para deplorar la muerte de ese gran patriota, de ese egregio estadista, de ese alto político y de ese admirable agricultor. Es en este último aspecto, sobre todo, que queremos contemplarlo con el deseo de que por nuestras palabras quede como ejemplo, para las generaciones sucesivas, este enamorado de la tierra y del trabajo, que siempre creyó que era de su seno ubérrimo de donde los hombres, mediante una labor inteligente y constante, podrían derivar los medios para hacer grata y comfortable su existencia, hacer feliz a su pueblo y darle la verdadera e inmovible riqueza a la nación, esa riqueza que es paz y orden, que es progreso, que es elevación moral y material para que las generaciones sucesivas de nuestra patria tengan, además de pan, libertad y medios para superarse cada día más, en un engrandecimiento noble y honrado.

Algo más debemos decir porque nos atañe directamente: fué en la tercera presidencia del Licenciado don Ricardo Jiménez cuando se creó el Instituto de Defensa del Café, que se enorgullece de tenerlo como fundador.

De casta le viene al galgo ser corredor, dice un viejo refrán español. O, usando una frase que empleó en cierta ocasión don Ricardo—el hombre más oportuno para encajarlas en el sitio en que lucían y venían a cuento—podemos añadir que el hijo del tigre, sale pintado.